

LA OTRA ORILLA

Ese día amaneció lluvioso. No era extraño que el cielo tratara de caerse en verano. Después de tantas semanas de iguanear las siestas en la pelopincho del patio, el tormento de una tormenta era una bendición. No se cortaba... Era una cortina. Cortina plateada, cortina de music-hall que invitaba a bailar bajo la tarde de enero.

Se acordó de repente que esa noche iba a encontrarse con Luis. ¡Hacía tanto que lo deseaba!... encontrarse con Luis... y a Luis. Sujeto que predicaba cosas que nunca ponía en acción. Isaura se reía de ella. Siempre le advertía sobre Luis. Ella era inmune a la seducción de Luis, más bien le repelía.

-“Caracol”, es un caracolito, baboso, chiquito, insignificante... La única ventaja que le veo es que tiene casa propia. Pero ¡ajo! amiga, no te dejaré meterte en ella. Es un caracol, y ya sabemos que los caracoles son tipos espantosos, están llenos de vueltas. –decía Isaura cada día en el que Marisel le torturaba los oídos con el tema de Luis.

Esta vez la propuesta había salido del mismo Luis... Se verían esa noche. Miró el patio y comenzó a maldecir.

-¡Lluvia de mierda! ¡Justo hoy que se me va a animar Luis, llueve! – decía mientras hacía una cruz de sal en el piso y, con un cuchillo, una cruz en el cielo... métodos que le había enseñado su abuela para cortar las tormentas.

La lluvia había cesado. Era casi medianoche. Apenas se dibujaban unas sombras. De lejos se adivinaban las figuras de unos novios en el parque... el uno y la otra: lengua y dulce. Luis y Marisel.

En la confitería de enfrente, un niño ofrecía rosas a los transeúntes. Nadie miraba las rosas marchitas de tanta mano apretada. Nadie miraba al niño.

Enero pasó... Era un álbum de Marisel y Luis en el parque. De noche... solo las sombras de testigo.

Para Tomás, enero era el diario ajado bajo el que todas las noches dormía en el parque. De día robaba flores en los jardines de las casas “grandes”, de noche las vendía en el centro.

Febrero y marzo fue el mismo álbum para Marisel, y el mismo diario para Tomás.

Hacia fines de abril, Marisel se dio cuenta de que a su álbum siempre le faltaría la figurita más difícil. Fue una noche en el parque en la que Luis le dijo que no iba a completar el álbum.

- Entendé, no sos vos, ¡soy yo...! No sé, todo bien... pero... no sé si quiero estar con vos ¿me entendés? Todo bien..., o sea... ¡nada!, vos bien, pero... yo siento que con vos... no funciona. ¡Te estoy haciendo perder el tiempo! Vos necesitás un tipo... que sé yo... ¡sos una mina súper! Siento que sos demasiado para mí... ¿me entend...? – decía mientras enrollaba sus antenitas y se metía en su pequeña casita de vida cómoda y sin compromiso.

Marisel comenzó a nadar. Temía ahogarse en el mar de malas justificaciones. ¿Dónde habría una balsa? Una isla... para hacer pie, no para quedarse sola.

Hacía rato que no había flores en la ciudad. Tomás apoyaba su cara contra el vidrio de la confitería.

Marisel se acercó a la confitería. Necesitaba con urgencia reencontrarse en medio de la multitud. Ahí lo descubrió. La crema de la torta fijaba sus ojos en el niño que, frente al vidrio, la miraba con dos frutillas bajo los párpados.